

## Comentario al evangelio del lunes, 6 de noviembre de 2017

---

### Dichosos los invitados a la Cena del Señor



¡Cuántos nos cuesta hacer las cosas desinteresadamente! Hacemos nuestros cálculos: a tal persona «le debo» una invitación, me toca a mí esta vez... Tengo que invitar a... no sea que se enfade si se entera de que no he contado con él. Me conviene invitar a... para que, a cambio... Casi siempre esperamos respuesta, que nos lo devuelvan de alguna manera, sacar algún beneficio, que nos correspondan o nos lo devuelvan, que nos sintamos con «derechos» a pedirle que... Y con demasiada frecuencia buscamos nuestro propio interés por encima del de los demás. Incluso está ese sutil autoengaño de hacer cosas para “sentirme uno orgulloso uno de sí mismo”, para «sentirme bien» (no es raro que ésta sea la motivación que se esconde detrás de no pocos «voluntariados»: la satisfacción de sentirme bueno, me siento bien, me siento útil...). Pero en el fondo es otro modo de egoísmo... aunque en éste caso otros que están en necesidad puedan salir indirectamente beneficiados.

Pues ahí está el estilo diferente de Jesús y de los que nos llamamos sus seguidores: «*No invites a tus a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque te corresponderán y quedarás pagado*». Es decir: Invierte a fondo perdido; regala y regálate...porque así es y actúa tu Padre Dios y desea que te parezcas a él. Hazlo así porque es urgente que cambiemos este mundo de intereses, en el que se hacen las cosas para sacar algo a cambio.

He aquí una recomendación de Jesús que muy pocos ponen (ponemos) en práctica. Quizá algunos se preocupan de los que lo están pasando mal, y procuran que les llegue comida, ropa, sanidad... Pero lo de invitar a casa, a la propia mesa, al entorno personal a pobres, lisiados, cojos y ciegos... como que no. Hoy, en vez de ciegos y cojos, tendríamos que hablar de inmigrantes, personas de otras razas, mendigos, hambrientos de todo tipo, enfermos de SIDA, parados de larga duración, desahuciados, ancianos solos o solitarios, etc.

¿He sentado alguna vez a alguna de estas personas en mis banquetes, en mi mesa repleta? No es una invitación a dar un bocadillo al que me pide en la puerta, sino a sentarlo en mi mesa. Ni es darle la ropa que yo ya no quiero y me sobra, sino... ya se entiende. Sentarle a mi mesa sería sinónimo de hacerle un hueco digno en mi vida: no es un simple asunto gastronómico. Hablaríamos de acoger, interesarnos, atender, darles nuestro tiempo....

En nuestras comunidades religiosas no recuerdo que hayamos sentado a nuestra mesa a ninguno de éstos. Y si alguien (?) tuviera la ocurrencia de proponerlo, enseguida surgirían muy razonables argumentos por los que tal cosa no es conveniente: ¿meter desconocidos en casa, personas que no son de nuestro ambiente o clase, problemáticas en muchos casos...? Si acaso les llevamos comida, les pagamos un bocadillo o un menú en el bar cercano, o...

No es una invitación a dar un bocadillo al que me pide en la puerta, sino a sentarlo en mi mesa. Ni es darle la ropa que yo ya no quiero y me sobra, sino... ya se entiende. Sentarle a mi mesa sería sinónimo de hacerle un hueco digno en mi vida: no es un simple asunto gastronómico. Hablaríamos de acoger, interesarnos, atender, darles nuestro tiempo....

Pero no es posible andar con interpretaciones de las palabras de Jesús para hacerlas más razonables o accesibles. "*Cuando des un banquete...*", sin matices, ni advertencias, ni precauciones, ni nada de nada. Creo que estas palabras de Jesús están sin estrenar en (casi todas) nuestras comunidades cristianas, religiosas, familiares... Y honestamente... no se me ocurre añadir más comentarios, razonamientos o planteamientos. Sinceramente: me descolocan y me dejan sin palabras.

**Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf**

Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda  
[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)